

HOMILÍA

Domingo XXII del tiempo ordinario. Ciclo B

St 1, 17-18. 21-22. 27

a. Contexto

Hay varios personajes que aparecen en el N.T. con el nombre de Santiago: Santiago el Mayor (Patrón de España), hijo del Zebedeo, hermano de Juan (cf. Mc 1, 17); Santiago el hijo de Alfeo (cf. Hech 1,13); Santiago el Menor.

Éste último es el que suele llamarse *hermano del Señor* (cf. Gal 1,19), aunque no todos identifiquen a ambos personajes, sino defienden que el Menor no es el 'hermano del Señor', el dedicado a Jerusalén (cf. Gal 1, por ejemplo).

¿Quién es el autor de esta Carta? Sólo podría serlo el hermano del Señor, afincado en Jerusalén, una de las columnas de la Iglesia (cf. Hech 12,17), ya que la fecha de la Carta es más tardía que la muerte de Santiago el Mayor (año 44).

También es posterior la carta de Santiago a la muerte de Alfeo, uno de los 'Doce', título que seguramente habría aparecido en el texto, de ser él su autor (cf. Mc 3,18).

Se oponen a la autoría de Santiago algunos argumentos, entre los cuales suele señalarse que si él hubiera escrito la Carta, habría consignado al principio el título de **hermano del Señor**.

Pero además, hermanos y compañeros en la predicación de la fe, el texto griego es de una calidad superior a lo que cabría esperar en un personaje de lengua semita por nacimiento.

Hay, encima, en el texto pocas referencias directas a la pasión y muerte y resurrección, lo que no sería lógico tratándose de alguien con una responsabilidad en Jerusalén, y, además, cercano por parentesco al Señor.

Tal vez el argumento decisivo para buscar por otros derroteros al autor de este texto se encamine por indagar fuera del mundo legalista judío, propio de Santiago, hermano del Señor.

Se trata, amigo creyente en Jesús, de buscar a alguien que hable con tanta libertad, con la 'soltura' cristiana con la que viene escrita esta carta (cf., por ejemplo, St 2, 12).

Muchos Padres, entre ellos Orígenes, se inclina por la pseudonimia, es decir, que el autor verdadero del texto se lo atribuye a Santiago el Menor, como timbre de gloria para éste e incluso para él mismo como autor material.

Los destinatarios son las comunidades de judeocristianos que se hallaban esparcidas por el Imperio, desde el centro de Jerusalén. Pudo escribirse esta Carta en la época subapostólica, a partir de los años 70, tras la diáspora.

Desde luego, parece escrita después de la destrucción de la ciudad, hecho determinante que afectó también a todas las comunidades judeocristianas de Palestina.

La doctrina que se proclama es la de Santiago el Menor, diferente y a veces opuesta a la de Pablo, afín a la ley, con un carácter marcadamente moralizante y sin referencias vivas a los puntos claves del *kerygma* primitivo.

Pero también es verdad que se supera en muchos puntos esa visión, con apuntes aperturistas -podría decirse hoy-, amigas y amigos: todo ello avala lo tardío de la carta.

Tiene afinidades con el Evangelio de Mateo, particularmente en lo referente a la religión pura, etc. (cf. St 1, 26-2,1) y al verdadero Israel como heredero de las promesas, lo que apunta a la misma época.

Se esfuerza con todo ello el autor en evitar el peligro de reduccionismo que supondría entender la fe cristiana como una mera teoría de algunos 'entendidos' (St 3,1), mientras los necesitados se siguen sintiendo marginados.

Toda la Carta, por tanto, es una llamada a ser coherente con la fe cristiana desde la vida de cada día, en la sinceridad de las creencias (primera parte), evitando una doble vida (segunda parte).

A partir de aquí, se tocan diversos puntos, con el apoyo de textos del A.T., avalados por Jesús. El autor, un maestro de la Comunidad, bebe en las mismas Palabras de Jesús, y envía un mensaje didáctico y moral a los creyentes.

Escribe el autor, hermanas/os en la fe de Jesucristo, para evitar que la Palabra, las promesas, la fe se conviertan en una farsa de hecho en la vida, dejando toda coherencia entre fe y vida.

Llama a la sinceridad, a la búsqueda de unos criterios prácticos de acción de acuerdo con la fe, en un clima de libertad. Esos dos valores: sentido de lo práctico y sinceridad avalan el texto neotestamentario que os comento, amigos.

b. Texto

Así, dentro de las pruebas que sufre un creyente, surge la convicción de que Dios sólo trae bienes, no castiga a los fieles con pruebas, no pone a nadie en el disparadero del pecado.

Para explicar las dificultades en la vida del creyente, echa mano el autor de los bajos impulsos del hombre, la codicia y las otras malas inclinaciones, en particular, la ambición.

Pero la Palabra de Dios transforma al hombre por dentro (v.18), haciendo que éste se entienda a sí mismo como hijo de Dios, hacia la libertad y la felicidad verdaderas, haciéndolo creatura nueva.

Frente a la palabrería del ambiente, la Carta invita a escuchar la auténtica Palabra de Dios que salva, respondiendo con autenticidad a su llamada, no sólo en teoría.

Por eso, la religión de verdad es hacer cosas concretas por los necesitados, tener una actitud fraterna con los demás. Se trata de dejarse de palabras vacías o de un lenguaje formalista para engañarse a sí mismo.

La huida del mundo consiste en no dejarse guiar por criterios de ambición, falsedad, mentira o incoherencia, no precisamente en abandonar a los hermanos y sus problemas, ni desentenderse de las cosas de los hombres.

c. Para la vida

Todo este pasaje de Santiago es para la vida, sin duda. Me viene a la memoria aquella frase que se podía leer en una reflexión para la homilía, allá por los años del postconcilio, que coincidieron con nuestra transición política.

Decía así la frase, con motivo de un comentario al Evangelio de Mateo: 'No son bienaventurados los que dicen que son bienaventurados los pobres; los bienaventurados son los pobres'. ¡Cuánta razón encierra la frasecita de marras!

A veces se puede pensar que cumplir las normas, repetirse mucho las cosas, teorizar siempre, opinar de todo, incluso cuando no se tienen criterios o nadie nos llama a ello, son cosas que nos granjean la salvación.

O que se llega a la verdad sólo por repetirse muchas veces un tópico tranquilizante cualquiera, de los al uso. ¡No es así, ¿verdad, amiga y amigo?! No, no lo es desde luego.

Por otro lado, parece que todavía hay bastante de legalismo judaizante en nuestras conductas morales y en la forma de enjuiciar a los demás: ¡incluso entre los más jóvenes...!

No digamos nada, si se trata de medir la eficacia de las tareas pastorales, por ejemplo, en el mundo juvenil. ¿Han pasado los años de medir los resultados por la cantidad, cuantitativamente? ¡Qué va!...

Todavía se juzga el trabajo de los otros por el número de los 'ganados', de los enganchados; aquí la cantidad sigue siendo un criterio decisivo y decisorio, aunque no se diga explícitamente.

Es bueno, es importante llegar a los 'más' posible: entra dentro, incluso, del carisma popular de Don Bosco, por ejemplo. Pero hay un riesgo, hermano: el que mucho abarca, puede que poco apriete.

La calidad de la fe, del mensaje, de los medios que se emplean en el anuncio del Evangelio, en la educación de la fe deben ir en consonancia con el mismo Evangelio. No todo vale, ¿vale...?..

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
aderojasr@yahoo.es

